

## Prólogo a la edición castellana

---

CABE CONSIDERAR COMO FUNDADOR DE LA ESCUELA ESTADOUNIDENSE DE sociología histórica a Barrington Moore Jr., autor de esa obra seminal que es *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* (edición original de 1966). Pero su continuador y heredero intelectual es, sin lugar a dudas, Charles Tilly, que junto con Theda Skocpol fue su principal alumno en Harvard, compartiendo ambos el mismo doble objeto de estudio que les legó su maestro común: la revolución como partera y tutora del nacimiento y desarrollo del Estado moderno.

En esta doble estela, y ya desde el inicio de su carrera en los años 70 del siglo pasado, Tilly publicó dos obras que iban a ser la simiente de toda su obra posterior, agrupada en torno a dos programas de investigación alternantes y paralelos. De un lado, el análisis teórico del proceso de construcción del Estado moderno, a partir del libro colectivo que editó bajo el título *The Formation of National States in Western Europe* (original de 1975). En esta línea, su contribución más célebre es sin duda la síntesis que publicó en 1990 con el título de *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990* (Alianza, Madrid, 1992). Y, por otra parte, el estudio de la acción colectiva revolucionaria, a partir de su célebre libro *From Mobilization to Revolution* (original de 1978), que pronto se convertiría en la biblia de las nuevas corrientes de análisis de la protesta social conocidas bajo los rótulos de «escuela de movilización de recursos» (liderada por John McCarthy y Mayer Zald) y «escuela del proceso político» (con el propio Tilly y Sidney Tarrow como jefes de fila). De entre su obra reciente, la principal contribución de Tilly a esta otra línea de investigación es su libro de 1993 titulado *Las revoluciones europeas, 1492-1992* (Crítica, Barcelona, 1995).

Pues bien, ahora Tilly publica otra nueva obra de síntesis histórica en la que aspira a reconciliar sus dos líneas de investigación, hasta ahora separadas aunque paralelas y que aquí convergen para coincidir en un mismo objeto común: el proceso de democratización histórica al que conduce la construcción del Estado moderno como consecuencia de los desafíos que sufren sus titulares por parte de impugnadores colectivos. Así, «Estado más Revolución igual a Democracia»: ésta es la ecuación sin-

**Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000**

**Charles Tilly**

© 2007 Editorial Hacer S.L.

tética que hoy nos propone Tilly, como si quisiera emular al final de su carrera a su maestro Barrington Moore.

Pero en tanto que síntesis convergente, esta obra se mantiene fiel a la vez a los distintos postulados establecidos en cada uno de sus dos programas de investigación anteriores. Así, por un lado, es la continuación natural de *Coerción, capital y los Estados europeos*, sólo que corregida y depurada a la luz de sus últimos planteamientos teóricos. Se recordará que, en aquella obra de 1990, Tilly estudiaba lo que se definía como proceso de «conversión civil» del Estado, entendiéndolo por ello la civilización o desmilitarización del aparato administrativo estatal, que, dejando de dirigirse al desafío bélico exterior como su principal objetivo, por el contrario se ponía paulatinamente al servicio del reconocimiento y la protección de los derechos y las libertades de sus ciudadanos. Pues bien, lo que en la obra de 1990 era la «conversión civil» del Estado, aquí es su «democratización»: un proceso que amplía e iguala el acceso de todos los ciudadanos a la participación política mediante la consulta electoral con protección de derechos.

La diferencia entre ambas obras, aparte del nuevo bagaje metodológico (en el que enseguida entraré), es la distinta elección del motor que activa e impulsa ambos procesos. En su obra de 1990, el motor de la «conversión civil» del Estado era la guerra *inter*-estatal, y su subproducto (o consecuencia no querida) la progresiva desmilitarización de los Estados que, queriendo hacer la guerra, sin embargo generaban sin querer la paz, el civismo y la civilidad. En cambio, en esta nueva obra, el motor de la «democratización» del Estado es la guerra *intra*-estatal: luchas por el poder, revoluciones, guerras civiles, insurrecciones populares, *coups d'état*. Pero también aquí, como antes sucedía con la «conversión civil» del Estado, su «democratización» sólo adviene como subproducto y consecuencia no querida, pues los actores que participan en las contiendas políticas no pretenden construir la democracia, sino que sólo buscan imponerse a sus adversarios y enemigos en la lucha por el poder y contra el poder, tratando de conquistar éste o de resistirse a él para conservar y acumular el mayor poder posible. Así, queriendo vencer en las luchas por el poder, los actores políticos van construyendo interactivamente la democracia sin querer. De este modo, parafraseando a Clausewitz, puede decirse que la democracia es la continuación de la guerra civil por medios incruentos.

Pero además de coronar una carrera dedicada al análisis de la construcción del Estado democrático, esta nueva obra también sirve de colofón a toda su trayectoria investigadora previa en el programa de análisis de la acción colectiva. No podía ser de otra forma pues, como acaba de verse, el motor que explica la democratización es la lucha de resistencia contra el poder: de ahí que deba recurrirse al análisis de las movilizaciones colectivas para poder explicar sus consecuencias democratizadoras. Además, este libro lo hace muy explícitamente, pues no es más que la continuación corregida y ampliada del capítulo sobre «democratización» que el propio Tilly escribió para la obra colectiva que recientemente ha publicado junto con Doug McAdam y Sidney Tarrow, en la que sientan unas nuevas bases metodológicas para el estudio de la acción colectiva. Me refiero, claro está, al libro de 2001 *Dinámica de la contienda política* (traducido al castellano en esta misma editorial en 2005), cuyo capítulo 9 («La democratización contenciosa», pp. 293-337) es un esbozo fielmente representa-

tivo del presente libro que el lector tiene entre sus manos. De ahí que todo el aparato metodológico diseñado en ese libro colectivo se aplique también aquí casi exactamente, sobre todo por lo que se refiere a la renuncia a los modelos causales o teleológicos, que explicaban los hechos por sus antecedentes originarios o sus consecuencias finales, y su empeño en utilizar un modelo explicativo puramente contingente, que hace derivar los hechos de la casual concatenación de acontecimientos singulares sólo explicables en términos de «mecanismos y procesos» (metodología que se remonta a Merton y que hoy preconiza Elster).

Por lo que respecta al contenido conceptual del libro, son ocho los procesos democratizadores que en él se describen (cada uno de ellos compuesto de diversos mecanismos alternantes que se acoplan en cada caso de forma contingente, como en un mecano de tuercas y tornillos extraídos de una caja de herramientas, dicho sea a la manera de Elster), para agruparlos en tres grandes macroprocesos. La *igualdad* (universalismo legal), o creciente integración social de las diversas identidades segmentadas por *cleavages* excluyentes. La *confianza* (capital social), o creciente sustitución de las redes privadas de patronazgo y clientela por nuevas redes públicas de reciprocidad generalizada. Y la *participación* (ciudadanía política), o creciente extensión incluyente de los derechos políticos (consulta electoral) y los derechos sociales (protección pública) que los agentes estatales garantizan a los sujetos sociales sobre los que detentan jurisdicción. Procesos de democratización que son impulsados o desencadenados por la conflictividad civil, en la que Tilly distingue cuatro clases distintas de lucha política: confrontación, revolución, conquista y colonización.

Y en cuanto al material empírico utilizado en la obra para ilustrar la acción de los mecanismos y los procesos democratizadores, el escenario principal donde se desenvuelven las luchas políticas es el teatro europeo de operaciones contemplado a escala continental desde la Paz de Westfalia, con la que se origina el sistema de Estados soberanos pero interdependientes, hasta nuestros días. Pero claro está, en ese escenario europeo, no todos los actores colectivos representan el mismo papel, pues hay dos sociedades en particular que acaparan casi todo el protagonismo dramático y democratizador: Inglaterra y Francia, arenas de lucha civil que ya habían ocupado la atención de Tilly en otras ocasiones previas desde el inicio mismo de su carrera (*Las huelgas en Francia*, con Edward Shorter, en 1974; *The Rebellious Century*, con Louise y Richard Tilly, en 1975; etcétera). Junto a estos dos antagonistas, el resto de personajes colectivos ocupan el fondo del escenario, cobrando alguna singularidad los ejemplos de Suiza (que ya aparecía junto con México en el capítulo sobre *Democratización* de la obra colectiva con McAdam y Tarrow), los Países Bajos, los Balcanes y la península ibérica (aunque el retrato de las luchas políticas españolas sea claramente deficitario, rozando la caricatura simplista). Por eso es una lástima que no se preste la debida atención a aquellos países que constituyen una excepción a la común regla democratizadora: el caso del fascismo italiano, modelo del autoritarismo español, y sobre todo la vía especial (*sonderweg*) que condujo al nazismo alemán, que para el maestro de Tilly, Barrington Moore, constituye el mejor ejemplo de revolución *desde arriba*. Quizá por eso lo eluda Tilly, pues podría desmentir o refutar su modelo de democratización *desde abajo*.

El balance que cabe hacer del conjunto del libro es desigual. Sus ambiciones teóricas son tan desmedidas que más de un lector se verá defraudado por sus magros

resultados prácticos. Presenta un aparato analítico con voluntad de innovación pero que la mayor parte de las veces se limita a proponer rótulos nuevos para conceptos evidentes que ya están demasiado trillados. Además, el libro peca de un excesivo apriorismo deductivo, sin que la evidencia histórica aportada pueda confirmar siempre los complejos mecanismos explicativos en que deberían embutirse para que cupieran en su rígido corsé metodológico. Y al mismo tiempo, también aparece un cierto reduccionismo conflictivista, como si la lucha de clases tuviera que ser el único motor posible de la historia. Existen otros procesos democratizadores distintos, como el contractualismo comercial negociador, la difusión internacional de innovaciones organizativas y la racionalización administrativa burocrática, propuestos por autores como Weber, Elias, Hirschman o Michael Mann, que en esta obra son en buena medida ignorados para que no distraigan la atención del omnipresente conflicto político, al que se considera como único determinismo monocausal. Finalmente, gran parte del material aportado como prueba ya había sido usado antes por el propio Tilly en múltiples ocasiones.

Pero todas estas objeciones no impiden descubrirse ante la brillante capacidad de síntesis que una vez más demuestra el gran Tilly, para el asombro, el aprecio y el disfrute de sus devotos admiradores, entre los que me cuento. En particular, querría destacar como gran aportación del libro la atención prestada a la evolución histórica de las redes de confianza como palanca del cambio democratizador. Pues en efecto, el paso desde las redes de confianza de tipo privado y sectario (que predominaban en el pasado para saquear los aparatos estatales en beneficio tanto de las élites depredatorias como del patronazgo clientelar) a las modernas redes de confianza pública basadas en el *capital social*, es quizá la mejor forma de entender la democratización como primacía necesaria de la sociedad civil, tal como defienden hoy los teóricos radicales de la democracia participativa.

ENRIQUE GIL CALVO  
Universidad Complutense  
Madrid, abril de 2006